



# La Santa Sede

---

CUARTA EDICIÓN DE ESTADOS GENERALES SOBRE LA NATALIDAD

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Auditorio Conciliazione

viernes, 10 Mayo 2024

---

Distinguidas autoridades, representantes de la sociedad civil, queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes y niños, ¡buenos días!

Es bueno aplaudir cuando alguien dice "buenos días", porque muy a menudo no nos saludamos. Es bueno, el aplauso al "buenos días". Y gracias a Gianluigi y a todos los que están trabajando por esta iniciativa. Me alegra estar de nuevo con vosotros porque, como sabéis, el tema de la natalidad está muy cerca de mi corazón. De hecho, cada don de un hijo nos recuerda que Dios tiene confianza en la humanidad, como subraya el lema "Estar ahí, más juventud, más futuro". Nuestro "estar ahí" no es fruto de la casualidad: Dios nos ha querido, tiene un plan grandioso y único para cada uno de nosotros, sin excluir a nadie. Desde esta perspectiva, es importante encontrarse, trabajar juntos para promover la natalidad con realismo, previsión y coraje. Y me gustaría reflexionar un poco sobre estas tres palabras clave.

Primero: el realismo. En el pasado, no faltaban estudios y teorías que advertían sobre el número de habitantes en la tierra, porque el nacimiento de demasiados niños habría creado desequilibrios económicos, falta de recursos y contaminación. Siempre me llamó la atención cómo estas tesis, ya obsoletas desde hace mucho tiempo, hablaban de los seres humanos como si fueran problemas. Pero la vida humana no es un problema, es un regalo.

En la raíz de la contaminación y el hambre en el mundo no están los niños que nacen, sino las elecciones de aquellos que piensan solo en sí mismos, el delirio de un materialismo desenfrenado,

ciego y desenfrenado, de un consumismo que, como un virus maligno, socava la existencia de las personas y de las personas.

La sociedad en la raíz. El problema no es cuántos somos en el mundo, sino el mundo que este es el problema, no los niños, sino el egoísmo que crea injusticias y estructuras de pecado, hasta el punto de tejer independencias malsanas entre los sistemas sociales, económicos y políticos.

[1]

El egoísmo nos hace sordos a la voz de Dios, que ama primero y enseña a amar, y a la voz de los hermanos que están a nuestro lado; anestesia el corazón, nos hace vivir a través de los objetos, sin comprender ya por qué; nos induce a tener muchos bienes, sin saber ya hacer el bien. Y las casas se llenan de objetos y se vacían de niños, convirtiéndose en lugares muy tristes (cf. Homilía de la Misa por la comunidad congoleña, 1 de diciembre de 2019). No faltan perros y gatos... Estos no faltan. Hay escasez de niños. El problema de nuestro mundo no son los niños que nacen: es el egoísmo, el consumismo y el individualismo, que hacen que las personas se sacion, se sientan solas e infelices.

La tasa de natalidad es el primer indicador de la esperanza de un pueblo. Sin niños y jóvenes, un país pierde su deseo de futuro. En Italia, por ejemplo, la edad media es actualmente de cuarenta y siete años. Y hay países de Europa central con una edad media de 24 años. Cuarenta y siete años, y se siguen alcanzando nuevos récords negativos. Desgraciadamente, si tomáramos estos datos como base, nos veríamos obligados a decir que Italia está perdiendo progresivamente la esperanza en el mañana, como el resto de Europa: el Viejo Continente se está convirtiendo cada vez más en el continente del viejo, un continente cansado y resignado, tan atrapado en la soledad y la angustia exorcizantes que ya no sabe saborear. en la civilización del dar, la verdadera belleza de la vida.

A pesar de muchas palabras y mucho compromiso, no estamos logrando cambiar el rumbo. ¿Por qué? ¿Por qué somos incapaces de detener esta hemorragia de vida?

Y hay un hecho que me dijo un estudioso de la demografía. En la actualidad, las inversiones que más ingresos generan son la fabricación de armas y anticonceptivos. Uno destruye la vida; el otro previene la vida. Y estas son las inversiones más rentables. ¿Qué futuro podemos esperar? Es malo. El asunto es complejo, pero esto no puede ni debe convertirse en una coartada para no abordarlo. Es necesaria la previsión, que es la segunda palabra clave. A nivel institucional, se necesitan políticas eficaces, opciones valientes, concretas y a largo plazo, para sembrar hoy para que los niños puedan cosechar mañana. Es necesario un mayor compromiso por parte de todos los gobiernos, a fin de que las generaciones jóvenes estén en condiciones de realizar sus sueños legítimos. Esto significa poner en práctica opciones serias y efectivas en favor de la familia.

Por ejemplo, poner a una madre en una posición en la que no tenga que elegir entre el trabajo y el cuidado de los hijos; o para liberar a muchas parejas jóvenes de la carga de la precariedad laboral y de la imposibilidad de comprar una casa.

Por lo tanto, es importante promover, a nivel social, una cultura de la generosidad y de la solidaridad intergeneracional, revisar los hábitos y los estilos de vida, renunciando a lo superfluo para dar a la una esperanza para el mañana, como es el caso de muchas familias. No lo olvidemos: el futuro de los hijos y de los nietos se construye también sobre las dolorosas espaldas de años de trabajo y sacrificios ocultos de padres y abuelos, en cuyo abrazo está el don silencioso y discreto del trabajo de toda una vida. Y, por otro lado, el reconocimiento y la gratitud hacia ellos por parte de quienes crecen es la respuesta sana que, como el agua combinada con el cemento, hace sólida y fuerte a la sociedad. Estos son los valores que hay que defender, esta es la cultura que hay que difundir, si queremos tener un mañana.

Tercera palabra: coraje. Y aquí me dirijo a los jóvenes en particular. Sé que para muchos de ustedes el futuro puede parecer desalentador, y que, en medio de la disminución de la tasa de natalidad, las guerras, las pandemias y el cambio climático, no es fácil mantener viva la esperanza. Pero no te rindas, porque el mañana no es algo ineludible: lo construimos juntos, y en este "juntos" encontramos en primer lugar al Señor. Es Él quien, en el Evangelio, nos enseña que "pero yo os digo": muy a menudo el Señor dice: "Pero yo os digo", lo que cambia las cosas (cf. Mt 5, 38-48), un "pero" que tiene el perfume de la salvación, que prepara algo "de la nada", que prepara una ruptura. Hagamos nuestro este "pero", todos nosotros, aquí y ahora. No nos resignemos a un guion que ya ha sido escrito por otros: ¡rememos para invertir el rumbo, aunque eso signifique ir a contracorriente! Al igual que las madres y los padres de la Fundación para la Natalidad, que cada año organiza este evento, esta "obra de esperanza" que nos ayuda a pensar, y que está creciendo, involucrando cada vez más al mundo de la política, los negocios, los bancos, el deporte, el entretenimiento y el periodismo.

Pero el futuro no solo se construye teniendo hijos. Falta otra parte muy importante: los abuelos. Hoy en día existe la cultura de esconder a los abuelos, enviándolos a casas de reposo. Ahora las cosas han cambiado un poco por la jubilación -desgraciadamente lo ha hecho-, pero esa es la tendencia: descartar a los abuelos. Me viene a la mente una historia interesante. Había una linda familia, donde el abuelo vivía con ellos. Pero con el tiempo el abuelo envejeció, y cuando comía, se ensuciaba... Y el padre mandó hacer una mesita para la cocina para que el abuelo pudiera comer allí, y para que pudieran invitar a la gente. Un día, llegó a casa y encontró a uno de los niños pequeños trabajando con madera. "¿Qué estás haciendo?" "Una mesa, papi". —¿Pero por qué? "Para ti, cuando seas viejo". Por favor, no se olviden de los abuelos. Cuando visitaba muchas casas de reposo, en la otra diócesis, solía preguntar a los abuelos -pienso en un caso-: "¿Cuántos hijos tienes?". "Muchos". "Ah, bien. ¿Y vienen a visitarte?" "Sí, vienen todo el tiempo". Cuando me iba, la enfermera me dijo: "Nunca vienen". Abuelos solitarios. Abuelos rechazados. Esto es un suicidio

cultural. El futuro lo hacen los jóvenes y los ancianos, juntos: coraje y memoria, juntos. Por favor, cuando hablemos de la natalidad, que es el futuro, hablemos también de los abuelos, que no son el pasado: ayudan al futuro. Por favor, tengan hijos, muchos, pero también cuiden a los abuelos. Es muy importante.

Queridos amigos, gracias por lo que hacen, gracias a todos. Gracias por su valentía. Estoy cerca de vosotros y os acompaño con mi oración. Por favor, les pido, no se olviden de rezar por mí. ¡Pero oren por mí, no en contra! Gracias.

Y esto de "a favor y no en contra", lo digo porque una vez estaba terminando una audiencia allá.

A veinte metros de distancia, donde estaba la barrera, había una señora, una anciana, ojos pequeños y hermosos.

Ella comenzó a decir: "Ven, ven". Era simpática. Me acerqué a ella: "Señora, ¿cómo se llama?". Me dijo su nombre. —¿Y cuántos años tienes? "Ochenta y siete". "Pero ¿qué haces? ¿Qué comes para mantenerte tan fuerte?" "Como raviolos, los hago yo mismo". Y me dio la receta de los raviolos. Y entonces le dije: "Señora, por favor, ruegue por mí". "Lo hago todos los días". Y, bromeando, le dije: "¡Pero ruega por mí, no en contra!" Y la viejecita, sonriendo, me dijo: "Ten cuidado, padre. Ahí adentro rezan contra ti". ¡Listo, eh! Un poco anticlerical.

Y por favor: a favor, no en contra. Para.

---

[1] Cf. San Juan Pablo II, Carta Encíclica [Sollicitudo rei socialis](#) (1987), 36-37; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1869.